

Revista Mariano

DANIEL



AD DEUM PER MARIAM

SUMARIO

La Virgen de Guadalupe (fotograbado).
La Asunción de María, por *Elías Olmos*.—
Montoro. La Virgen de Guadalupe. —
Existencia de la Iglesia Católica, por *Al-*
fonso M.^a Gubianas, O. S. B.—Enciclica
sobre el cinematógrafo.—Mundo católico.
Medicina y Religión, por *Enrique Gabana,*
Pbro.—Para qué sirve el agua bendita.—
¡Y era Pio XI!, por *J. Artero*.—De la ac-
ción católica en el mundo. España en Ro-
ma, por *J. Polo Benito*.—Insistiendo, por
María de Echarri.—Viva España católica.
—El Congreso Internacional de Cristo
Rey, por *El Deán de Toledo*.—Fiesta de
la Asunción de María, por *J. Rodríguez,*
Pbro —Escuela de vida.



AÑO XIV

NÚMERO 156

Córdoba y Agosto de 1936

Imprenta «El Defensor» Ambrosio de Morales, 6,



**La felicidad
es patrimonio
de las
familias sanas.**

La vida del hogar exige de la madre y de la esposa una vigilancia severa y constante. Una mujer, consciente de su deber, ha de evitar los avances fatales de la **Anemia, Inapetencia, Raquitismo, Neurastenia y Agotamiento**, sólo existe un remedio eficaz y seguro: el poderoso Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

Reconstituyente - regenerador de la sangre; tónico para niños y adultos debilitados por un desarrollo rápido; estimulante del apetito; restaurador de las fuerzas para las muchachas adolescentes y hombres agotados por el trabajo o por excesos, elixir de vida para los viejos y sosten de la mujer en los embarazos difíciles y durante la lactancia

Aprobado por la Academia de Medicina. Puede tomarse en todo tiempo. Es inalterable. No se vende a granel.



LAXANTE SALUD

Suprime el estreñimiento y lo bilis con suavidad. No habitúa. Grageas en cajitas precintadas. Pídense en Farmacias.

LOS ENFERMOS OPERADOS O DEBILITADOS DEBEN TOMAR

MOSTO PURO

MANA

QUE ES EL MEJOR ALIMENTO COMPLETO CONOCIDO

Pedido en Farmacias, Ultramarinos y a su preparador

AGUSTÍN SERRANO.-Manzanares

Criador de vinos puros de vid para consagrar



PLUMADAS

Notas de ayer en artículos cortos

POR

DANIEL AGUILERA CAMACHO

Cinco pesetas

Imprenta «El Defensor de Córdoba»



Revista Mariana

PUBLICACIÓN MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Dedicada a fomentar la devoción á la Santísima Virgen

AÑO XIV

CÓRDOBA Y AGOSTO DE 1936

Núm. 156



La Virgen de Guadalupe

que se venera en la ermita de Ntra. Señora
de Gracia, en la ciudad de Montoro

La Asunción de María

Enseña la tradición que la Santísima Virgen sobrevivió a Jesucristo 23 años.

Con motivo de su muerte acudieron a Jerusalén la mayoría de los Apóstoles y algunos cristianos ilustres, como Dionisio Areopagita.

Tomás, el Apóstol de la India, tardó algunos días en llegar a la capital de Judea, y deseoso de contemplar el cadáver de la Virgen María, viéronse sorprendidos con que había desaparecido del sepulcro.

Ni un momento habían dejado solo el sepulcro de la Señora los primeros fieles; por tanto, los restos de la Madre del Redentor no pudieron ser sustraídos.

María ha resucitado, y tomada por su Hijo, fue llevada a la gloria.

Esa es la creencia que surgió en torno del sepulcro vacío de la mediadora del humano linaje.

Pinturas hanse hallado en las catacumbas que reflejan esta creencia.

La liturgia primitiva adóptala como una realidad.

Los Santos Padres y doctores la consideran en su mayoría como doctrina indiscutible.

En los Sagrados Libros no es difícil encontrar fundamento sólido de esta creencia.

El profeta David anuncia en uno de sus salmos la resurrección de Cristo y de Aquella que le llevó en su seno. «Levántate tú y el arca de tu santificación», dice, aludiendo al Mesías y a su Madre.

La razón teológica nos ofrece pruebas incontestables.

Todas las obras de Dios ofrecen una magnífica armonía; su fin corresponde siempre al principio; su conjunto a las partes.

Es tan general esta ley, que sirve

de norma a los sabios para descubrir las grandes maravillas de la creación.

Síguese de aquí que las obras cuyo principio y condiciones son naturales, deben tener un término natural. Así, una piedra arrojada por nuestra mano a las alturas, naturalmente debe caer al suelo. Sólo dejaría de caer por un milagro que la detuviera en el aire, quebrantando la ley de la gravedad.

Por el contrario, las obras cuyo principio y caracteres son sobrenaturales, reclaman un término sobrenatural, y sólo un milagro podría impedir dicho término.

Ahora bien: ¿no es todo sobrenatural en María? Sí; sobrenaturales son su Predestinación, su Concepción sin mancha, la Encarnación del Verbo, las relaciones con Jesucristo y cuanto a ella se refiere. ¿Cómo no había de serlo su muerte? Un milagro hubiese sido necesario para impedir la Asunción gloriosa de la Santísima Virgen.

A la manera que el agua al salir del acueducto busca naturalmente la altura del manantial, María, colocada sobre los hombres, sobre los ángeles, sobre las vírgenes todas, debía elevarse a la altura de tal dignidad, viniendo a ser la Asunción de María efecto de su predestinación, un eco de ésta.

Además: preservada María del pecado original, que es la muerte del alma, debió ser preservada de la corrupción, que es la muerte del cuerpo. Y si murió fue sólo para seguir las huellas de su Hijo, para demostrar que su naturaleza era como la nuestra; mas cumplido este objeto, sale victoriosa del sepulcro el día de su Asunción.

Concebida para la gracia bajo la envoltura espinosa del pecado sin haber experimentado su mordedura, de igual modo fue concebida para la gloria, bajo la envoltura de la muerte, sin pasar por la corrupción.

María salió victoriosa del sepulcro,

subió a la gloria; su Asunción gloriosa es una orientación que señala el orden sobrenatural, el destino eterno de los hombres, clave que nos ofrece soluciones, las únicas soluciones viables para todos los problemas sociales que si se agravan por momentos es porque habitualmente se prescinde de ese ideal de ultratumba, que es base de todos los ideales nobles y elevados, siendo sustituido por el egoísmo más brutal que aferra los hombres a la vida presente y cuando la hace más o menos halagüeña.

De ahí que el hombre se convierta en lobo del hombre, disputándose un puesto, el mejor puesto en el banquete de la presente vida, que se juzga como definitiva.

No dudamos que muy pronto el Vicario de Cristo definirá esta verdad, convirtiéndola en dogma de fe católica y a ello cooperar debemos todos con nuestras plegarias y con nuestras enseñanzas, mereciendo todo el linaje de plácemes cuantos por medio de asambleas, tiendan a estudiar esta verdad y a promover su declaración dogmática, porque será ella una nueva inyección de supernaturalismo, de que tan necesitada se halla la sociedad moderna.

La Santísima Virgen murió; pero salió victoriosa del sepulcro con su cuerpo incorrupto, y con él ha sido llevada al cielo.

ELIAS OLMOS.

MONTORO

—:—

La Virgen de Guadalupe

En un altar lateral de la ermita de Nuestra Señora de Gracia se venera la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. La particularidad de esta imagen es que tanto la Virgen como el Niño son negros. Dicen que la trajeron de América, pero no hay datos ciertos.

Existencia de la Iglesia Católica

—=—

La existencia de una sociedad, de una institución extendida por todos los pueblos civilizados y que de día en día se va propagando por los países dominados aun por las hordas salvajes, la existencia de la Iglesia católica como entidad religiosa, con su culto, su doctrina, sus ministros y su jerarquía es una verdad innegable, es un hecho tan patente que no deja lugar a controversia alguna. Podrá negarse su origen divino, podrá negarse su actuación, se la podrá perseguir, podrá pretenderse su próxima desaparición, pero nadie podrá dejar de reconocer su existencia, su influjo y su actuación sobre millones y millones de almas, y sobre miles y miles de pueblos.

La Iglesia católica existe. Su existencia como sociedad independiente de la sociedad civil, como desligada de toda otra sociedad cultural, económica o religiosa es una realidad evidente e innegable.

La existencia de la Iglesia católica es un fenómeno histórico, mejor dicho, es una realidad histórica única en la historia del mundo, porque no podrá presentarse otra sociedad que como ella cuenta veinte siglos de existencia y de una existencia siempre perseguida por toda suerte de enemigos, internos y externos, perseguida por los poderosos y por la plebe, perseguida por los filósofos y por los ignorantes, y perseguida siempre por las concupiscencias todas a las cuales tiene declarado un combate sin cuartel ni defección alguna.

La Iglesia católica ha convivido con toda suerte de estados sociales, ha presenciado y ha estado en contacto con las más diversas civilizaciones, y en presencia de tantas y tan variadas

transformaciones, de tantos cambios, de tantas y tantas mutaciones, ella jamás ha cambiado su credo ni ha modificado ni corregido su moral, ni ha dejado de enseñar la misma verdad, el mismo dogma, ni ha cesado de condenar el error, ni la injusticia ni todo desorden.

La existencia de la Iglesia católica en el mundo, su duración, su perennidad, su inmutabilidad dogmática y básica, constituye un milagro visible, perenne, innegable, casi diríamos palpable.

En frente de la Iglesia católica han pretendido establecerse otras Iglesias con menos dogmas, con verdades más asequibles a la inteligencia humana, prescindiendo de cuanto pudiera atemorizar y desviar de ellas a los hombres, y todas estas instituciones que pretendían ser tan racionales, tan lógicas, tan en armonía con la ciencia y con los postulados de la naturaleza, han desaparecido sin gloria y ya nadie tiene ni conserva el recuerdo de las mismas.

Cuando un edificio permanente inmóvil, desafiando el curso de los siglos; cuando un edificio resiste las tormentas y el desastre producido por los elementos desencadenados; cuando un edificio no se resiente ni de los rigores invernales ni de los ardorosos calores, ni de las lluvias, ni de los vendavales; cuando un edificio por más que sea combatido permanece firme e incommovible, es preciso reconocer y confesar que sus cimientos son muy firmes, muy hondos y muy bien asentados.

Esta es innegablemente la consecuencia, que debe deducir cualquiera que sin pasión, pero leal y friamente contempla el edificio de la Iglesia católica. Sus cimientos, sus estructura, su solidez demuestra en el artífice que la han levantado una mente no humana, sino divina, un ingenio no de hombre, sino propio del mismo Dios.

Si al pasar ante ella las generaciones, los sabios, los poderosos, la hubiesen mirado con desdén, con indiferencia, sin querer fijar en ella su atención, nada tendría de admirable que contara tantos y tantos siglos de existencia. Pero ha sucedido todo al contrario. Todos cuanto han fijado los ojos de su consideración en la Iglesia, no han podido permanecer indiferente; o la han admirado, amado y servido, o la han despreciado, aborrecido y perseguido. La Iglesia católica es de tal naturaleza que ha interesado a todos. A todos ha hablado, a todo ha invitado, a todos se ha ofrecido. Para todos los hombres y para todos los más trascendentales problemas ha ofrecido las únicas verdaderas soluciones. De ahí que ni una sola alma deseosa con sinceridad del conocimiento de lo verdadero y del bien haya dejado de reconocerla, de amarla y de seguirla.

Si quisiéramos un argumento decisivo irrefutable de lo que sea la Iglesia católica, no tenemos más que dar una mirada, y fijarnos unos momentos en aquellos que la han aborrecido y la aborrecen en nuestros días, y en aquellos que la han amado y la aman en nuestros días. Si fuese posible hallar una sola alma sincera, inteligente y de un corazón libre de pasiones desordenadas que no hayan amado, admirado y alabado a la Iglesia católica, me inclinaría a dudar de su divinidad. Pero esto no es posible. Si con alguna detención nos fijamos en los enemigos que ha tenido la Iglesia católica, veremos no sin asombro que cuántos la han perseguido, cuántos la han abandonado, cuántos han negado la divinidad de su origen, no son más que otros tantos hombres dominados por el orgullo, por la soberbia, por la sensualidad, por la codicia de las riquezas, de los honores y de los placeres desordenados. Abrid la historia, y veréis que desde el primero de los

herejes hasta el último de los apóstatas, a todos ha faltado la sumisión, la humildad, la sujeción y la honestidad de su vida, y de su conducta. Por el contrario, fijáos en los que la han amado, la han alabado, la han seguido, y por ella han dado su vida, su sangre y cuanto tenían, y veréis que constituyen la porción más selecta de la humanidad, aquellas almas que o han conservado la elevación y pureza de sus mentes, o después de haberla perdido la han recuperado, conservado y mantenido con la victoria de sus desordenadas pasiones.

Después de esto, ¿puede darse invitación más racional, más lógica, más laudable, más elevada que la propuesta, o sea la de que: Amemos la Iglesia?

P. ALFONSO M.^a GUBIANAS, O. S. B.

Encíclica sobre el cinematógrafo

«L'Osservatore Romano» del día 3 de julio, publica el texto íntegro de la encíclica al Episcopado de los Estados Unidos acerca del cine, que reproducimos a continuación, traducida del texto italiano.

«Siguiendo con mirada vigilante como reclama nuestro oficio pastoral, la obra benéfica de nuestros hermanos del Episcopado y de todo el pueblo fiel, nos ha sido sumamente grato conocer los frutos recogidos ya y los progresos que hace de continuo aquella provida empresa iniciada hace más de dos años contra los abusos de las representaciones cinematográficas, que es como una cruzada santa, confiada de modo particular a la llamada «Legión de la Decencia».

Esta experiencia magnífica nos proporciona ahora una bien grata oportunidad de manifestar con mayor am-

plitud nuestro pensamiento sobre una cuestión estrechamente relacionada con la vida moral y religiosa de todo el pueblo cristiano. Ante todo, expresamos nuestro reconocimiento a la Jerarquía de los Estados Unidos y a sus fieles cooperadores por las obras importantes ya realizadas por la «Legión de la Decencia» bajo su dirección y guía. Y el reconocimiento nuestro es tanto más vivo, cuanto más profunda era la angustia que sentíamos al tropezar cada día los tristes progresos —«magni passus extra viam»— del arte y la industria cinematográfica en la representación del pecado y del vicio.

Todas las veces que se ha presentado la ocasión hemos creído deber de nuestro altísimo oficio llamar sobre ellos la atención, no sólo del episcopado y del clero, sino también de todas las personas rectas y solícitas del público bien.

Ya en la encíclica «Divini Illius Magistri» hemos lamentado que «estos potentísimos medios de divulgación (como el cinematógrafo), que pueden ser, si están bien gobernados por sanos principios, de gran utilidad para la instrucción y educación, queden subordinados a menudo al incentivo de las malas pasiones y a la avidez de las ganancias».

Y en agosto del 1934, dirigiéndonos a una representación de la Federación Internacional de la Estampa Cinematográfica, después de haber puesto de relieve la grandísima importancia que esta clase de espectáculos ha tomado en nuestros días y la influencia larguísima que ejercita, lo mismo para promover el bien que para insinuar el mal, recordábamos, finalmente, que es preciso también aplicar el cinematógrafo, con objeto de que no atente de continuo a la moral cristiana, o simplemente humana, según la ley natural, la norma suprema que debe regir y regular el gran don del arte.

Ahora bien, el arte tiene como fin esencial y como su misma razón de ser, aquella razón perfectiva de la personalidad moral que es el hombre, y por ello el arte debe de ser también moral. Y concluíamos, con la manifiesta aprobación de aquellas personas elegidas—todavía nos es grato recordarlo—, recomendando la necesidad de hacer al cinematógrafo «moral, moralizador, educador».

Una acción universal

Todavía recientemente, en abril del corriente año, recibiendo en una grata audiencia a un grupo de delegados del Congreso Internacional de la Prensa cinematográfica, celebrado en Roma, poníamos nuevamente de manifiesto la gravedad del problema; cálidamente exhortábamos a todas las personas de buena voluntad, en nombre no sólo de la religión, sino también en nombre del verdadero bienestar moral y civil de los pueblos, para que, con todos los medios a su alcance, como era, naturalmente, la Prensa, se esforzasen a fin de que el cinematógrafo se convirtiera en un coeficiente precioso de instrucción y de educación y no de destrucción y ruina para las almas.

Sólo que la cuestión es de tanta gravedad por sí misma y por las condiciones presentes de la sociedad, que creemos necesario volver sobre ella; y no sólo con recomendaciones particulares, como en las ocasiones precedentes, sino con mirada universal; no sólo para las necesidades de vuestras diócesis, venerables hermanos, sino de todo el orbe católico.

Es necesario y urgente proveer para que también en esto los progresos del arte, de la ciencia y de la misma perfección técnica e industria humana, como son verdaderos dones de Dios, sean ordenados también a la gloria de Dios y a la salvación de las almas, y sirvan prácticamente a la extensión del reino de Dios en la Tierra, a fin

de que todos, como nos hace rezar la Santa Iglesia, aprovechemos de ellos de modo que no perdamos los bienes eternos: «Sic transeamus per bona temporalia ut non amittamus aeterna». (Oración en la Liturgia del tercer domingo después de Pentecostés.)

Ahora bien, es cierto, y todos lo comprenderán fácilmente, que los progresos del arte y la industria cinematográfica eran tanto más perniciosos y dañinos para la moral y la religión e incluso para la misma honestidad de la convivencia civil cuanto más maravillosos habían llegado a ser. Los mismos directores de la industria cinematográfica en los Estados Unidos reconocieron esto cuando confesaron su responsabilidad propia frente al público o más bien frente a la sociedad entera al adoptar en común por un acto libre sancionado solemnemente con sus firmas y promulgado en la Prensa un compromiso solemne de proteger en el porvenir la moralidad de los que frecuentan el cinematógrafo.

En este Código se hacía la promesa de que no se produciría nunca más ninguna película que pudiera rebajar el nivel moral de los espectadores, o lanzar el descrédito sobre la ley natural y humana, o provocar simpatías hacia los que quebrantaban esa ley. Pero, no obstante tan sabia determinación, tomada de modo espontáneo, los responsables de ella se mostraron incapaces de llevarla a cabo y los productores no aparecieron dispuestos a someterse a los principios que se habían obligado a observar.

La «Legión de la Decencia»

Por esta razón, habiéndose demostrado poco eficaz el compromiso a que aludimos y continuando en el cinematógrafo la exhibición del vicio y del delito, parecía casi cerrado el camino de la diversión honesta mediante las películas cinematográficas.

En esta crisis vosotros, ¡oh venera-

bles hermanos!, fuisteis de los primeros en estudiar cómo se podía defender las almas de los que estaban confiados a vuestro cuidado, e iniciasteis la «Legión de la Decencia» como una cruzada por la moralidad pública dirigida a reavivar los ideales de la honestidad natural y cristiana. Estaba muy lejos de vosotros todo pensamiento de perjudicar a la industria cinematográfica, más aún: indirectamente la defendisteis de la ruina a la que están expuestas las formas de diversión que van degenerando en una corrupción del arte.

Vuestras normas suscitaron la pronta y devota adhesión de vuestros fieles, y millones de católicos americanos suscribieron el compromiso de la «Legión de la Decencia», obligándose a no asistir a ninguna representación cinematográfica que ofendiese a la moral católica y a las normas correctas de vida.

Así podemos decir con gozo que pocos problemas de los últimos tiempos han unido tan estrechamente a los obispos y al pueblo como la colaboración en esta santa cruzada. Y no solamente católicos, sino personalidades protestantes, israelitas y otros muchos aceptaron vuestras iniciativas y se unieron a vuestros esfuerzos para dar de nuevo normas sabias, artísticas y morales al cinematógrafo.

El éxito notable de la cruzada Nos es de gran consuelo porque el cinematógrafo, bajo vuestra vigilancia y la presión ejercida por la opinión pública ha mejorado desde el punto de vista moral, se reproducen menos frecuentemente los delitos y los vicios; no se proclama ni se aprueba tan abiertamente el pecado, no se presentaron más de manera tan proterva normas falsas de vida al espíritu tan inflamable de la juventud.

Si bien en algunos círculos se predijo que las preeminencias artísticas del cinematógrafo sufrirían grave da-

ño con la acción continuada Legión de la Decencia, parece más bien que ha ocurrido lo contrario, que ella ha dado no pequeño impulso a los esfuerzos que se realizaban para que el cinematógrafo se moviese cada vez más hacia nobles empresas artísticas, dirigiendo sus actividades a la producción de obras clásicas y a creaciones originales de mérito poco común. Y ni siquiera la situación económica de la industria cinematográfica experimentó daño, como se había predicho gratuitamente, ya que muchos, que permanecían alejados del cinematógrafo por las ofensas a la moral, volvieron a frecuentarlo cuando pudieron ver proyectadas fábulas honestas que no ofendían las rectas costumbres ni eran peligrosas para la virtud cristiana.

Cuando se inició vuestra cruzada, se dijo que esos esfuerzos serían pocos duraderos y de efectos transitorios porque, al disminuir poco a poco la vigilancia de los obispos y de los fieles, los productores quedarían nuevamente en libertad para volver a los métodos de antes. Es fácil comprender por qué quieren algunos de estos críticos poder volver a las tramas equívocas que excitan las bajas pasiones y que vosotros habéis proscrito. Mientras la producción de imágenes realmente artísticas, de aventuras humanas, honestas, requiere un esfuerzo intelectual, trabajo, habilidad y a veces un gasto notable, resulta, por el contrario, muy a menudo relativamente fácil conseguir la asistencia al cine de ciertas personas y categorías sociales con representaciones que enciendan las pasiones y despierten los instintos bajos, latentes en el corazón de los hombres.

Pero una vigilancia incesante y universal debe persuadir a los productores de que no se ha fundado la Legión de la Decencia como una cruzada de breve duración que pueda ser descuidada y olvidada enseguida, sino que

los obispos de los Estados Unidos piensan proteger a toda costa la moralidad de las diversiones del pueblo en toda ocasión y bajo cualquier forma que tome.

II

En realidad, la diversión, en sus múltiples formas, se ha convertido hoy en una necesidad para la gente que trabaja en las ocupaciones de la vida; pero debe ser digna del hombre racional, y por ello moral y sano; debe levantarse al grado de un factor positivo de bien y suscitador de sentimientos nobles. Un pueblo que en sus momentos de descanso se dedica a diversiones que ofenden el recto sentido de la decencia, del honor, de la moral; a recreos que son ocasiones de pecado, especialmente para los jóvenes, se encuentra en grave peligro de perder su grandeza y su propio poderío nacional.

Importancia y potencia del cinematógrafo

Es indiscutible que, entre las diversiones modernas, el cinematógrafo ha tomado en los últimos años un puesto de importancia universal. Conviene hacer notar cómo se cuentan por millones las personas que asisten diariamente a las representaciones cinematográficas; cómo se van abriendo siempre en mayor número las salas para tales espectáculos entre todos los pueblos civilizados y semicivilizados; cómo, finalmente, el cinematógrafo ha llegado a ser la forma de diversión más popular que se ofrece para los momentos de descanso, no solamente a los ricos, sino a todas las clases de la sociedad.

De otra parte no existe hoy un medio más potente que el cinematógrafo para ejercer influencia sobre las multitudes, tanto por la naturaleza misma de la imagen proyectada sobre la pantalla, cuanto por la popularidad

del espectáculo cinematográfico y por las circunstancias que le acompañan.

La fuerza del cinematógrafo reside, principalmente, en el hecho de que habla mediante imágenes. El alma las recibe con gozo y sin fatiga, aunque sea un alma ruda y primitiva que no tendría la capacidad o por lo menos el deseo de realizar el esfuerzo de la abstracción y de la deducción que acompañan al razonamiento. Incluso el leer o el escuchar exigen un esfuerzo que en la visión cinematográfica está sustituido por el continuado placer de la sucesión de imágenes concretas y, por así decirlo, vivas. En el cinematógrafo hablado se refuerza esta potencia, porque la interpelación de los hechos resulta todavía más fácil y el encanto de la obra musical se junta con la acción dramática. Y todavía los bailes y las «variedades» que algunas veces se introducen arbitrariamente en los intervalos, aumentan la excitación de las pasiones.

Si la cinematografía es verdaderamente una lección de cosas que enseña para el bien o para el mal, más eficazmente para la mayor parte de los hombres que el razonamiento abstracto, conviene que sea elevada a los fines de una conciencia cristiana y liberada de los efectos depravadores y desmoralizadores.

Todos saben cuanto daño producen las películas malas en las almas. Son ocasión de pecado, inducen a los jóvenes al camino del mal porque son las glorificaciones de las pasiones, exponen la vida bajo una falsa luz, ofuscan los ideales, destruyen el puro amor, el respeto al matrimonio y el afecto para las familias. Pueden asimismo crear fácilmente prejuicios entre los individuos y disidencias entre las naciones, entre las clases sociales y entre las razas enteras.

En cambio, las buenas representaciones pueden ejercer una influencia pro-

fundamente moralizadora sobre aquellos que las ven. Además de recrear, pueden suscitar nobles ideales de vida, difundir preciosas nociones, proveer mayores conocimientos de la Historia y de las bellezas del país propio y del ajeno, presentar la verdad y la virtud bajo una forma atrayente, crear, o por lo menos favorecer, una comprensión entre las naciones y las clases sociales y las razas; promover la causa de la justicia, despertar la llamada de la virtud y contribuir como ayuda positiva al mejoramiento moral y social del mundo.

Estas consideraciones adquieren mayor gravedad teniendo en cuenta que el cinematógrafo habla no a los individuos, sino a las multitudes, y en circunstancias de tiempo, lugar y ambiente extraordinariamente propicias para suscitar un entusiasmo no común, tanto para el bien como para el mal, y conducir a aquella exaltación colectiva que pueda asumir—como la experiencia muchas veces nos enseña—formas francamente morbosas.

Las imágenes cinematográficas se muestran a gente que está sentada en un teatro obscuro y tiene las facultades físicas y a menudo también las espirituales descansadas. No hay necesidad de molestarse en buscar lejos estas salas: están junto a las casas, a las iglesias y a las escuelas del pueblo, llevando así la cinematografía hasta el verdadero centro de la vida popular. Además los relatos representados en el cinematógrafo son desenvueltos por hombres y mujeres elegidos por su arte y por todas aquellas dotes naturales y el uso de aquellos artificios que pudiesen convertirse en instrumentos de seducción, sobre todo para la juventud.

El cinematógrafo quiere, además, para su servicio, el lujo de las estancias y el agrado de la música, el vigor realista y toda forma de capricho en lo extravagante. Por eso mismo, su

fascinación se ejerce con atractivo particular sobre los jóvenes, sobre los adolescentes y sobre la infancia misma. En la edad en que está formado el sentido moral y se van desenvolviendo las nociones y los sentimientos de justicia y de rectitud, de los deberes y de las obligaciones, de los ideales de la vida, el cinematógrafo, con su propaganda directa, toma una posición de franca preponderancia. Y, por desgracia, en el estado presente de las cosas, con frecuencia se toma para el mal. Tanto es así que al pensar en tanto estrago de las almas de los jóvenes y de los niños, en tantas inocencias que se pierden verdaderamente en las salas cinematográficas, viene a la mente la terrible condenación de Nuestro Señor contra los corruptores de los pequeños: «Qui autem scandalizaverit unum de pusillistis, qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo eius et demergatur in profundum maris». (Matth., XVIII, 6-7.)

Vigilancia necesaria

Es, por tanto, una de las necesidades supremas de nuestro tiempo vigilar y trabajar para que el cinematógrafo no siga siendo escuela de corrupción, sino que se transforme en un precioso instrumento de educación y de elevación de la Humanidad.

Recordamos aquí con complacencia que algún Gobierno, preocupado por la influencia del cinematógrafo en el campo moral y en el educativo, ha creado mediante personas probas y honestas, y especialmente padre y madres de familia, especiales Comisiones de censura, del mismo modo que ha constituido organismos de dirección de la producción cinematográfica con la intención de inspirarla en obras nacionales de grandes poetas y escritores.

Por tanto, si era sumamente justo y conveniente que vosotros, venerables

hermanos, ejercitáseis una especial vigilancia sobre la industria cinematográfica de vuestro país, que está particularmente adelantada y tiene no poca influencia en las otras partes del mundo, es, por otra parte, deber de los obispos de todo el orbe católico unirse para vigilar esta universal y potente forma de diversión y de enseñanza para hacer valer como motivo de prohibición la ofensa al sentimiento moral y religioso y a todo aquello que es contrario al espíritu cristiano y a sus principios éticos, no cansándose de combatir cuanto contribuya a atenuar en el pueblo el sentido de la virtud y del honor.

Tal obligación corresponde no sólo a los obispos, sino también a los fieles y a todos los hombres honrados amantes del decoro y de la santidad de la familia, de la nación y, en general, de la sociedad humana.

¿En qué cosas, pues, debe consistir esta vigilancia?

III

El problema de la producción de las películas morales se resolvería desde la raíz si se pudiera tener una producción cinematográfica informada plenamente de los principios de la moral cristiana. No será nunca bastante grande nuestra alabanza para todos aquellos que se han dedicado o se han de dedicar al nobilísimo intento de elevar la cinematografía a los fines de la educación y a las exigencias de la conciencia cristiana, dedicándose a este fin con competencia de técnicos, y no de aficionados, para evitar toda pérdida de fuerzas y de dinero. Pero, puesto que sabemos lo difícil que es organizar tal industria, especialmente por razones de orden financiero, y de otra parte es necesario influir sobre toda la producción cinematográfica para que no cause daño a los fines religiosos, morales y sociales, es necesario que los pastores de almas vigi-

len sobre las películas que son producidas y ofrecidas universalmente al pueblo cristiano.

Eficaz concurso de actividades católicas

Sobre la industria misma de las películas, Nos exhortamos a los obispos de todos los países, pero de una manera especial a vosotros, venerables hermanos, para que hagáis apelación a aquellos católicos que tienen una participación en esta industria. Que piensen seriamente en sus deberes y en las responsabilidades que tienen como hijos de la Iglesia en usar de su influencia y de su autoridad para que las películas que ellos producen o ayudan a producir sean conformes a los principios de la sana moralidad. El número de los católicos que son ejecutores, directores, autores o actores en las películas no es pequeño, y, sin embargo, su intervención en la producción de las películas no ha estado siempre de acuerdo con su fe y con sus ideales. Vosotros, venerables hermanos, haréis bien en urgirles para que pongan su profesión de acuerdo con su conciencia de hombres respetables y de seguidores de Jesucristo.

Para éste como para cualquier otro campo de apostolado, los pastores de almas encontrarán ciertamente cooperadores óptimos en aquellos que militan en las filas de la Acción Católica, a los cuales no podemos dejar de dirigir en esta carta un cálido llamamiento, para que os presten toda su ayuda y su laboriosidad, sin cansarse ni disminuirla nunca.

De cuando en cuando los obispos harán bien en recordar a la industria cinematográfica que ellos, entre los cuidados de su ministerio pastoral, deben preocuparse de toda forma de recreación honesta y sana, porque están obligados a responder delante de Dios de la moralidad de su pueblo, incluso cuando se divierte. Su sagrado

ministerio les obliga a decir clara y abiertamente, que una diversión malsana e impura destruye las fibras morales de una nación. Recuerden asimismo a la industria cinematográfica que lo que ellos reclaman no se refiere solo a los católicos, sino a todo el público del cinematógrafo.

En particular vosotros, venerables hermanos de los Estados Unidos, podéis justamente insistir sobre lo que decimos, de que la industria cinematográfica de vuestro país reconozca su responsabilidad frente a la sociedad.

Procuren después los obispos de todo el mundo hacer evidente a los industriales del cinematógrafo que una fuerza tan potente y universal puede ser útilmente dirigida a un fin altísimo de mejora individual y social. ¿Por qué nos hemos de ocupar tan sólo de evitar el mal? Las películas no deben ser una simple diversión, ni ocupar tan solamente las horas frívolas y ociosas, sino que pueden y deben con su magnífica fuerza, iluminar y dirigir positivamente hasta el bien.

Y ahora, teniendo en cuenta la gravedad de la materia, creemos oportuno descender todavía a alguna indicación práctica.

Ante todo, como ya hemos aludido, todos los pastores de almas procurarán obtener de sus fieles que cada año hagan, como sus hermanos de América, la promesa de abstenerse de películas que ofendan la verdad y la moral cristiana.

Este compromiso o esta promesa puede obtenerse del modo más eficaz por medio de la Iglesia parroquial y de la escuela, y con la cooperación de los padres y de las madres de familia que tengan conciencia de su grado de responsabilidad. Los obispos podrán también valerse de estos fines de la Prensa católica, la cual hará resaltar la belleza y la eficacia de la promesa a que nos referimos.

El cumplimiento de esta promesa

hace necesario que el pueblo conozca claramente qué películas son lícitas para todos, cuáles son lícitas con reserva y cuáles son dañosas o positivamente malas. Esto exige la publicación regular, frecuente y solícita de listas de las películas clasificadas, fácilmente, accesibles por medio de boletines especiales u otras publicaciones oportunas, como también mediante la Prensa cotidiana católica.

Sería deseable que se pudiese establecer una lista única para todo el mundo, porque para todo rige una misma ley moral; pero, tratándose de representaciones que llegan a todas las clases de la sociedad, grandes y pequeños, doctos e ignorantes, el juicio sobre una película no puede ser siempre el mismo en todos los casos y bajo todos los aspectos. Adem las ás, circunstancias, los usos y las formas varían de nación a nación, por lo que no parece una cosa práctica establecer una sola lista para el mundo entero. Sin embargo, si en todas las naciones se tiene una clasificación de las películas en la forma que hemos indicado más arriba, ésta ofrecerá en líneas generales la guía necesaria.

Por esto será necesario que en todos los países creen los obispos una oficina permanente nacional de revisión que pueda promover las buenas películas, clasificar las demás y hacer llegar este juicio a los sacerdotes y a los fieles. Sería muy oportuno confiar este encargo a los organismos centrales de la Acción Católica, la cual depende de los excelentísimos obispos. En todo caso es necesario, sin embargo, hacer notar claramente que, para ser eficaz y orgánica la obra de indicación, debe ser nacional y hecha por un único centro responsable; cuando gravísimas razones locales lo exgiesen verdaderamente, los excelentísimos obispos en las propias diócesis, por medio de sus Comisiones diocesanas de revisión, podrán en la misma

lista nacional—que debe aplicar normas adaptables a toda la nación—usar los criterios más severos que pueda exigir la índole de la región, censurando, incluso, películas que fuesen admitidas en la lista general.

La oficina mencionada cuidará, además, de la organización de las salas cinematográficas existentes en las parroquias o en las Asociaciones católicas, de modo que en estas salas se presenten películas bien revisadas. Mediante la organización de estas salas, que para la industria resultan muy a menudo buenos clientes, se puede reivindicar un nuevo derecho: el de que la misma industria produzca películas que respondan plenamente a nuestros principios, las cuales serán fácilmente proyectables, no sólo en las salas católicas, sino también en otras.

Comprendemos que la instalación de tal oficina exigirá un cierto sacrificio, un cierto dispendio para los católicos de los varios países. Sin embargo, la gran importancia del cinematógrafo y la necesidad de proteger la moralidad del pueblo cristiano, e incluso la moralidad de la nación entera, hace este sacrificio más que justificado, ya que la eficacia de nuestras escuelas, de nuestras Asociaciones católicas e incluso de nuestras iglesias, resulta disminuída e incluso corre peligro, por la plaga de «films» malvados y perniciosos.

La oficina debe estar constituída por personas que estén familiarizadas con la técnica cinematográfica y, al mismo tiempo, tengan bien arraigados los principios de la moral y de la doctrina católica; deberán, además, tener la guía y la asistencia directa de un sacerdote escogido por los obispos.

Inteligencias oportunas e intercambios de indicaciones e informaciones entre las oficinas de los varios países podrán hacer más eficaz y armónica la obra de revisión de las películas, aun teniendo en cuenta la diversidad

de condiciones y de circunstancias. Así se conseguirá una unidad de dirección en los juicios y en las indicaciones de la Prensa católica de todo el mundo.

Estas oficinas aprovecharán oportunamente no sólo las experiencias hechas en los Estados Unidos, sino también el trabajo realizado en el campo del cine por los católicos de otros países. Incluso si los miembros de esta oficina con toda la mejor intención y disposición, caen en algún defecto, como sucede en todas las cosas humanas, los obispos sabrán con su prudencia pastoral repararlo lo más eficazmente posible y, al mismo tiempo, protegerán la autoridad y la estima de la propia oficina, reforzándola con algún miembro más autorizado o sustituyendo los que resulten menos aptos para tan delicada misión.

Si todos los obispos aceptan su parte en el ejercicio de tan onerosa vigilancia sobre el cinematógrafo—lo que nosotros no dudamos, pues conocemos bien su celo pastoral—cumplirán ciertamente una gran obra en defensa de la moralidad de su pueblo durante las horas de descanso y de recreo. Ganarán la aprobación y la cooperación de todos, católicos y no católicos, contribuyendo así a asegurar el encauzamiento de esta gran potencia internacional que es la cinematografía hacia la alta empresa de promover los más nobles ideales y las normas de vida más rectas.

Para evaluar estos votos y estos augurios que salen de nuestro corazón paternal, Nos imploramos el auxilio de la gracia divina, en auspicio de la cual concedemos con efusión de ánimo a Vos, venerables hermanos, y al Clero y al pueblo confiados a Vosotros la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 29 de junio, fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, de 1936, año XV de nuestro Pontificado.»

MUNDO CATOLICO

Medicina y Religión

Hay profesionales cuyo ejercicio constituye un verdadero apostolado y exige una especial vocación sin la cual es imposible llevarlo a cabo dignamente. Una de estas profesiones es la Medicina.

Un médico se encuentra con multitud de casos que solamente una conciencia recta puede resolver. Está expuesto a terribles equivocaciones y puede cometer impunemente enormes crímenes. El secreto profesional es otro aspecto nada despreciable que da importancia a esta profesión.

El ejercicio de la Medicina exige una ciencia recta y delicada. No nos atreveríamos a confiar nuestra salud ni la de los nuestros a un médico sin conciencia y sin creencias. El ejercicio de la Medicina no exige solamente capacidad técnica, suficiencia científica, exige, además, a nuestro entender, delicadeza de conciencia cristiana.

En nuestros tiempos se han suscitado controversias que han terminado por desviar muchas inteligencias y por producir confusiones lamentables, haciendo todavía más difícil la situación del médico, expuesto a cometer verdaderos crímenes que no están sancionados por los códigos humanos, pero que están sancionados por el código eterno e inmutable de Dios.

Si alguna profesión ha podido compararse al sacerdocio, esta profesión es la de médico. El sacerdote trata de curar las almas, de la misma manera que el médico trata de curar los cuerpos. Ambos tienen por objeto el hombre cuyas enfermedades pueden ser espirituales y corporales. Incluso muchas de las espirituales se hallan dentro de los dominios del médico. Por

esto el buen médico debe ser hombre de convicciones cristianas.

A este propósito acabamos de leer una declaración del Decano y Profesores de la Facultad de Medicina de la Universidad «Laval», de Québec, en el Canadá, en la cual se expone el punto de vista que, a nuestro entender, deben tener los médicos en el ejercicio de su noble y delicada profesión.

Es una declaración dirigida al Canciller de dicha Universidad, Cardenal Villeneuve, de la cual traducimos los siguientes párrafos:

«El Decano y Profesores de la Facultad de Medicina de la Universidad «Laval», de Québec, desean subrayar la tradición de respeto, de espíritu, de fe y de inteligente adhesión a la moral católica que han recibido de sus mayores, ya sea en la enseñanza universitaria ya sea en la práctica de la medicina.

Es tal vez por esto que en ningún sitio habría habido menos dificultad en recibir las solemnes exposiciones de doctrina contenida en las Encíclicas o en los discursos de Su Santidad el Papa, gloriosamente reinante.

Ningún profesor quiere propagar ni facilitar de ninguna manera las inmorales prácticas de una pretendida eugenesia, ya se trate de la limitación culpable de nacimientos, ya sea por esterilización indebida de los esposos o de los anormales.

Todos y cada uno reprueban cualquier intervención directa que pueda impedir el nacimiento de un niño, que pueda privarle de la vida o de la gracia del santo bautismo.

Todos y cada uno consideran un imperativo deber de justicia sugerir a sus clientes el arreglo de sus asuntos ya sea temporales ya sea espirituales, bien lejos de predicar una pagada eutanasia.

Todos y cada uno tienen conciencia de que en los casos particularmente

trágicos en que hay peligro de muerte para la madre y para el niño que va a nacer, solamente están permitidos los cuidados y las intervenciones que tienden a conservar la vida de la madre sin causar directamente la muerte del hijo.

Todos y cada uno comprenden las justas razones del Canon 2.350 del Derecho Canónico pronunciando excomunión contra quienquiera que se atreva a efectuar el aborto por acción directa.

Todos y cada uno enseñan y consideran una estricta obligación moral de bautizar, cuando es posible y de la manera prescrita, aunque no sea más que un embrión.

Todos y cada uno, ante el hecho de la invitación paternal del Jefe visible de la Iglesia, quieren participar en el apostolado jerárquico y trabajar en su propio medio por la extensión del reino de Jesucristo.

Todos y cada uno, creyendo sinceramente en la omnipotencia del Señor de la vida y de la muerte, admiten la dependencia de sus esfuerzos y ofrecen la sumisión del corazón a sus soberanos decretos.

En fe de lo cual, el Decano y el Secretario de la Facultad de Medicina, lo mismo que el Secretario de la Universidad «Laval», ponen su firma al pie de esta declaración.»

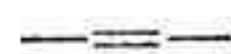
Hermosa declaración que todos los médicos debieran hacer al ingresar en el ejercicio de su profesión. El mundo necesita médicos de conciencia y no mercaderes de la Medicina o traficantes de la salud humana.

Es muy noble la profesión de un médico cuando se ejerce con los sentimientos que han inspirado la precedente declaración, con espíritu humanitario y con efluvios de caridad. En cambio, nada hay más repugnante cuando se ejerce bordeando el crimen, por espíritu de lucro y con sentimientos mercantilistas.

Que lean y mediten todos ellos la solemne declaración del Decano y Profesores de la Facultad de Medicina y de la Universidad de Québec.

ENRIQUE GABANA, *Pbro.*

Para qué sirve el agua bendita



Es una pena y un dolor ver cómo van cayendo en desuso las costumbres cristianas y los buenos hábitos de los creyentes. Ya hoy, apenas se hace uso del agua bendita en los aposentos, uso que antes no faltaba en casa alguna. En las acomodadas y de lujo se encuentra tal vez elegantísimas pilas de plata y oro y de trabajos repujados de gran costo, pero secas. Se conserva lo accesorio y mundano, habiendo desaparecido por completo lo recomendable y santo. Y esto mismo acontece en lo fundamental, en los hoteles, en las fondas, en las casas de huéspedes, y hasta en los humildes hogares, en los que hasta hace poco jamás faltó agua bendita a la cabecera de la cama.

No estará, pues, de más, que como católico hagamos algunas reflexiones sobre los bienes extraordinarios que la Iglesia reconoce a esta agua bendita, que ha sido uso, sin duda, de tradición apostólica, como la bendición del agua y de la sal con que se hace el Asperges del pueblo, siendo el fin de esta ceremonia comunicar el agua bendita con las oraciones de la Iglesia poder contra el espíritu maligno sobre las personas y las cosas que ella tocara. Y se la mezcla con la sal, por ser esta el símbolo de la prudencia y de la sabiduría, como el agua lo es del candor y de la pureza.

Aconseja la Iglesia tener siempre en el cuarto una pila de agua bendita, no ya para ostentación o para adorno, sino para usar devotamente de ella, y nunca dejes de tomarla al levantarte,

al acostarte, al principio de tus devociones y de tus tareas.

Es además una santa y provechosa costumbre hacer uso de ello cuando se levanta alguna tempestad, cuando truena o se siente alguna tentación. Igualmente es de grande importancia rociar con ella la cama antes de acostarse, echarla a los enfermos, a los moribundos, y generalmente aspergear los lugares donde se teme la existencia de los espíritus malignos.

Recomienda también la Iglesia el tomarla al entrar y salir de nuestros cuartos pues así nos libraríamos de mil desgraciados accidentes que suceden, si usáramos más de estos poderosos auxilios; si bien es ocioso advertir, que es menester hacerlo como se debe para que sea con fruto. Es decir, que se ha de tomar siempre el agua bendita con espíritu de Fe y de compunción; de Fe, por ser esta la condición indispensable que exige el Salvador en todos aquellos que le piden algún favor especial; de compunción, porque para conseguir purificarnos de las faltas ligeras por virtud del agua bendita, como enseña el catecismo, es menester detestarlas con dolor. No hay cosa más saludable, que estos piadosos ejercicios, que por otra parte no son nada costosos.

Esta bendición del agua hízose por la Iglesia en todos los tiempos para que se la llevasen los fieles a sus casas; se coloca la pila del agua bendita a la entrada de todas las iglesias, para que la tomen los fieles pidiendo a Dios se digne purificarlos a fin de que sus oraciones sean más puras y eficaces; por lo que esta santa costumbre reviste la mayor antigüedad como se reconoce por el libro de las «Constituciones Apostólicas».

Conviene refrescar estas ideas para volver a nuestras buenas prácticas y saber por qué las emplea la Iglesia. Hácese el Asperges sobre el altar antes de la Misa mayor, para rogar a

Dios que los demonios no se acerquen al altar a turbar con infernales sugerencias a los ministros del Señor. Rocíanse con agua bendita los cadáveres, las sepulturas y los cementerios, para conseguir del Señor que en virtud de las oraciones con que se bendijo aquella agua, se digne purificar cuanto antes las almas de los fieles difuntos, que descansan en paz concediéndolas el alivio de las penas que padecen y anticipándolas el gozo y la posesión de la gloria.

Por esta pequeña reseña se habrán percatado nuestros lectores la importancia del uso del agua bendita.

¡Y era Pío XI!

—:—

Rigurosamente histórico. Yo lo había leído en «L'Osservatore Romano». En Turín, pregunté por el caso a Monseñor Mederlet, Arzobispo de Madrás, lo conocía. Ayer, en una casa de estudios salesianos, me hablaban de una conversación que sobre este episodio tenía con ellos el Padre Inspector de las Misiones del Annam. Y decía que al preguntarle un Prelado Misionero a Su Santidad sobre este caso, respondió:

—Lo habrá querido Dios así...

—=—

Salía en Shillong (Assam) de su Misa el P. Vendrome, S. J. Sentada en las gradas de la Iglesia había una anciana, canosa, fatigada toda sudorosa y polvorienta.

—Padre—le dice—, quiero ver la verdadera luz, seguir el recto sendero y bautizarme.

Le extrañó su lenguaje. Hay en la región 167 lenguas, y la de la anciana no era de ninguna de las regiones misionadas.

—Pero tú no eres de aquí...

—No; he venido de muy lejos.

Y nombró una región a kilómetros

y kilómetros de distancia; por añadidura, con misiones protestantes.

—Bien; pero dime: ¿quién te ha dicho que vinieras y que me pidieras esas cosas?

—Un hombre todo vestido de blanco, como tú.

(Nada extraño; allí todos los Misioneros vestimos de blanco. ¿Será el Padre Tomé?...)

—¿Era joven, con barba?...

—No; era muy anciano. Su pelo, blanco, con unos cristales ante los ojos, como los que lleváis algunos de vosotros.

—Imposible! Si no hay aquí ningún Misionero así... Yo los conozco bien a todos.

(¡Y con sotana blanca, no puede ser tampoco un protestante!)

—Pues yo estoy segura. Como si lo viera... Si no, ¿cómo iba yo a ponerme en tan largo camino? Y no era yo sola: habló también a otras, que se quedaron desoladas en una gran obscuridad y no sabían el camino. Y les invitó a seguirle, diciendo: «Si queréis ser dichosas y marchar por el sendero recto, debéis buscar la Iglesia católica y recibir el bautismo».

Yo he venido en nombre de todas.

El Misionero estaba confuso y no sabía qué pensar.

Llamó a una Hermana, le encomendó a la viejecita para que le diera de comer, la limpiara y dejara descansar. A la tarde debía llevarla a su despacho, para instruirla y averiguar lo extraño de aquel caso.

Al penetrar en la habitación del Misionero, la anciana levanta los ojos y exclama, sorprendida:

—¡Mira, Padre! ese es el hombre blanco que nos invitó a venir... Estoy seguras de reconocerlo... Tú también le tienes que conocer, puesto que tienes ahí su retrato.

Colgaba del muro un retrato de Su Santidad Pío XI.

J. ARTERO

(De «Catolicismo»).

DE LA ACCIÓN CATÓLICA EN EL MUNDO

España en Roma

Poner el pie en los umbrales del ancho zaguán del Palacio Altemps de Roma y toparse de cara con la sonrisa de Cesare, el portero del Colegio Español, suele ser todo una. ¡Misteriosa sonrisa poblada de pequeños enigmas que no ha logrado descifrar en obstinados empeños de análisis! Temo unas veces que se ríe del exceso de «ini» y de «oni» que suelen recargar las desidencias de mi vocabulario italiano y desconfío otras que la causa de su hilaridad es el arbitrario lexico que maneja en el hablar la consabida lengua de Cervantes.

Siempre ríe Cesare; cuando a las visitas que D. Carmelo «no está en casa» y cuando anuncia que va a preguntar por teléono y en un dos por tres la llamada se queda sin respuesta, firme indicio de que no ha regresado. A Cesaro le parecía haberlo visto entrar, pero se ha equivocado y lo siente, lo siente muy de veras. Cesaro es como buen italiano, hombre de mucho sentimiento.

—Ande Ud. «súpito» porque ha «cominciato ahora mismo— contesta amabilísimo a mi pregunta sobre si ha dado ya principio la conferencia del señor Taboada y añadiendo que debe ser recia y bien timbrada la voz del «oratore» pues se perciben distintamente muchas palabras en cuanto se abre la puerta. Llegan en efecto, al grad patio, claras resonancias del poder se verbe y conciertan en armónico pareado, el agua que barbullea sobre el pilón de mármol de Carrara y el acento oratorio que vibra en cadencia de ideas y de emociones sobre las almas.

Un centenar de jóvenes escuchan en avidez de españolismo y fervor de humanidad al Secretario General de

la Acción Católica en España, que de paso en Roma con ocasión del cumpleaños del Papa, no quiere regresar a la patria, sin la eficiencia y el efecto de un contacto con la selección pastoral que aquí se educa. Vanguardia de las legiones evangelizadoras, su celo va a esparcir pronto por la redondez de las tierras nativas, el programa pontifical de la reconquistas espiritual. La Acción Católica que es proselitismo, apologética de pensamiento y de conducta, adelgazamiento de la conciencia individual, predominio de justicia y caridad en las relaciones sociales, tiene en España hitos indicadores de los viejos caminos que antaño conducían al engrandecimiento nacional. Por aquellos senderos polvorientos y maltratados hay que andar de nuevo, afirmando el pié, sacando a luz la antigua huella, ancha y profunda de la historia española; a fin de que el ayer y el hoy, el pasado y el presente engarzados y juntos, formen la ruta de lo porvenir. ¿Pues no era autenticidad y fortaleza de Acción Católica aquel afán constructivo y unitario a la vez de los Concilios de Toledo, hechura y forja del sentimiento patriótico y religioso?, pregunta el señor Taboada en lógica eslabonada síntesis de interrogantes, que resumían con la adecuada respuesta al glorioso índice evocador de la gesta de Cruz y de Espada, que llevó a todos los confines del mundo la saludable ofensiva de Dios contra las rebeldías de Lucifer.

Este sentimiento de religiosidad y patriotismo—añade el conferenciante—fué modelado, a poco de la derrota de Guadalete, reinos y estados, independientes unos de los otros, pero todos animados del mismo espíritu de fé y encaminados hacia el providencial designio de mostrar en el mundo la vitalidad y energías civilizadoras de las doctrinas católicas. Y este mismo sentimiento inspira y guía a guerreros y a místicos, a filósofos y poetas a

través del largo camino de Covadonga a Granada y cuando ya la unidad política y religiosa es fuerza multiplicada, se abre a los ojos de España el misterio de los mares a fin de que «el país de eterna cruzada» como denominó al nuestro el P. Faber, pueda dilatar el reino de Dios por otras tierras, que es cabalmente el propósito de la Acción Católica.

En aquella Asamblea de regiones, celebrada bajo la arquería renacentista de un Palacio romano, presidida por la Virgen del Pilar que da nombre a la galería, están congregados los seminaristas y la voz del señor Taboada, anhelo y melancolía, que es decir Castilla y Galicia juntamente, va tomando las diferencias geográficas de las comarcas allí representadas, con la unidad de creencias, amores y esperanzas que superando la pequeñez del límite regional constituye la grandeza de España:

En el fondo de la revolución que sufre nuestra patria—dice el señor Taboada,—hay una revelación. Se rompen los lazos que tradicionalmente venían uniendo tierras y almas, porque va aflojando el trabajo de aglutinación la dinámica del espíritu. ¿Qué importa que sean incendiados los templos y saqueados sus tesoros, acumulados a costa de años y sacrificios? ¿Qué importa que sean destruidos esos grandes centros de enseñanzas en los que se formaron generaciones de sabios?, ¿qué importa en fin que sobrevenga la persecución legal, más dura y terrible que la de las violencias? Ley de la Iglesia el martirio, es también ley de victoria, ha dicho un ilustre prelado español.

La revolución de odio solamente puede ser vencida con una invasión de amor y esa es vuestra obra, exclama el señor Taboada dirigiéndose a los seminaristas; amor que significa entrega, dedicación al bien integral del pueblo, en las cosas y monasterios

de su alma y de su cuerpo. Amor que se completa y perfecciona por medio de su reeducación, por recristianización que lógicamente conduce a la reespañolización, para que el país vuelva a encontrarse a sí mismo en los dos elementos constructivos del ser nacional, religión y patriotismo.

Se advierte en los semblantes la impresión que va produciendo cada una de éstas ideas, cuajadas de vigor y densidad. Brillan los ojos con luces nuevas, pugna por romper en aplausos el silencio de la disciplina colegiada. Es juventud la que escucha y la que habla y en una misma ansiedad de apostolado popular se juntan el brío seglar y la vehemencia eclesiástica. Una evocación racial, de los fuertes días de la raza, parecíame aquel atardecer de junio, con lumbres esplendorosas de sol romano, en el Colegio español, donde una clerecía seleccionada perfila los restos normativos de virtud y de ciencia. Sin duda en expresión y fórmula comprensiva de la eficacia y del efecto de aquella hora inolvidables; cuando el Sr. Obispo de Tortosa, Consiliario general de la Acción Católica, hubo sancionado con autoridad y competencia la lección de procedimientos que acabamos de aprender, las tres clamorosas salutations que ofrendaba a aquella juventud puesta en pie, con la mirada hacia la Virgen del Pilar, *al Papa, a España y al Cardenal Primado*, fueron la solemne afirmación de los tres amores que en adelante iban a llenar su vida.

Ya anochecido, salimos del Palacio Altemps y la sonrisa de Cesare poblada de pequeños enigmas, acompañaba entre remilgos de atildada cortesía la *bonna notte* del clásico saludo italiano.

J. POLO BENITO

LEA V. "EL DEFENSOR"

Insistiendo

En el tema que toqué en mi último artículo, es decir sobre el matrimonio y su preparación, de modo que vayan dándole toda la importancia que tiene el Sacramento y a la manera de recibirlo, de suerte que vayan dejándose esas costumbres de casarse por la tarde para luego reunirse con sus familiares y amistades a merendar y bailar, dando a esto, como decía yo en el anterior escrito varias horas y en cambio a la ceremonia nupcial unos momentos nada más.

En Bélgica donde se dijo que se venía laborando en este sentido de recristianización de la familia, del hogar, poniendo a este el cimiento solidamente cristiano de una boda como se hacía antes cuando no nos habíamos paganizado tanto, ha publicado el canónigo Dermine unos interesantísimos artículos en la excelente revista femenina *Ideál et Acción*. Vamos a seguirle un poco en lo que dire, porque es asunto que merece lo tomenos en serio y apostolado que pueden y deben ejercer las Misiones Diocesanas de la Confederación de Mujeres Católicas de España, sobre todo aquellas misiones que poseen ya secretariados de Familia. Habla Mr. Dermine en primer termino de la vocación al matrimonio.

Al llegar aquí no sería extraño que alguna lectora se sonriese y pensase para su fuero interno que esa vocación es muy general, aunque no son pocas las que no la realizan porque les falta con quien ponerla en práctica. Sin embargo vocación en el sentido serio trascendental de la palabra, quizá no sean tantas las que tenga.

¿Qué es una vocación? Se suele definir de este modo: es un llamamiento de Dios para abrazar un género de vida determinada. Por tanto el hombre es toda la fuerza de la expresión, *colaborador de Dios*.

Para que una colaboración dé frutos y se lleve bien ha de conocerse aquello en que va a colaborar. Y huelga añadir si este conocimiento ha de ser intenso cuando se trata de estado de vida que dura todo el tiempo que se pase sobre la tierra y será la escala por la que se sube a la eterna recompensa o se baja al castigo eterno.

¿De qué modo se resolverá la vocación, se conocerá el llamamiento de Dios? Salvo casos extraordinarios para asegurarse y no errar, hemos de recurrir primeramente a la oración, oración generosa, dispuesta a hacer lo que el Señor impone. Además hay que tener en cuenta nuestras aptitudes, nuestras inclinaciones, porque en la *carrera* que elijamos, en el estado de vida que prefiramos, hemos de realizar justamente la voluntad divina y nuestro bien, nuestra propia perfección utilizando personalmente todos los talentos naturales y sobrenaturales que hemos recibido de la Providencia.

Contemos también con las circunstancias de familia, con la salud, situación de fortuna, etc., etc. Todas ellas a pesar de su apariencia fortuita, están sometidas al orden providencial, por consiguiente traducen la voluntad divina.

¿Cuántas jóvenes van al matrimonio pensando en esto? Se podrían contar con los dedos. «Es que entonces, me replicarán algunas, pocas se casarían». Pocas no; pero en cambio serían pocas las que luego sufren, se desilusionan si no llegan a la separación y al desmoronamiento de un hogar que se edificó solo sobre la arena ficticia y movediza de atractivos humanos, de dinero, de ansias de libertad y que no resisten al soplo—no hablemos de vientos fuertes que llegan—de un airecillo contrario a lo que se soñó sin la menor seriedad.

Antes de terminar este epígrafe que he glosado brevemente, dice el canónigo belga: «Sería un gran error el

creer que Dios llama a una joven al matrimonio solo porque se inclina a él». Y sin embargo, digo, yo, la mayor parte de ellas no vacilan en suponer que esto solo es ya señal evidente de que han nacido para casarse.

El segundo epígrafe trata de la virginidad en oposición al matrimonio. No voy a hablar de este punto pero sí únicamente hacer constar para la gente joven que puede una muchacha no tener vocación religiosa ni por ello tenerla de casada, que hoy son muchas y cada vez más las que se quedan en el mundo ejerciendo un apostolado admirable, consagradas a hacer el bien, y además que, aquello de *solterona*, palabra que nos ponía delante una señorita mayor, pesada, egoísta, preocupada de hacer la felicidad de su perrito nada más, va desareciendo. Existe si muchas solteras, que son, como en los tiempos primitivos de la Iglesia, auxiliares de ésta, consuelo de los que sufren, refugio de los desgraciados, apóstoles en el campo católico y social.

El capítulo en que Mr. Dermine habla de la época del noviazgo, es sumamente interesante. Lástima que no haya espacio para detallarlo. Aquí como siempre la Iglesia intervino para dar mayor seguridad a los prometidos de que una y otro cumplirían las promesas que se habían hecho. Pero en nuestro tiempo, de eso no se hace caso. Verdad es que se varía con tanta facilidad de novio o de novia que no sería posible dar al noviazgo la seriedad y personalidad requeridas.

Con suma delicadeza, tratando el asunto muy bien, dice el citado canónigo que el ser novios, no supone ser marido y mujer y por tanto han de tener especial cuidado los jóvenes en respetarse y en respetar la virtud de la castidad en los relaciones mutuas. De esto tampoco voy a decir nada. Y no porque no haya mucho que decir, pues a veces, con lamentable frecuen-

cia, nos encontramos todos en la calle, en el tranvía, en el metro, con escenas y actitudes que hacen a los demás ponernos colorados aunque no a los protagonistas de ellas.

Con mucho conocimiento del tema dice lo que ha de ser la actitud de los padres en el noviazgo de sus hijos y censura a aquellos padres que sistemáticamente se oponen a las relaciones de sus hijos o no las toleran porque los interesados no poseen fortunas como las que ellos soñaban y anhelaban para sus hijos.

El capítulo sobre la *elección del novio* dedicado a las jóvenes está perfectamente escrito y orientado. ¡Cuántas debieran leerlo! ¡Cuántas seguir las instrucciones que se dan sobre asunto tan capitalísimo.

Enumeraremos para terminar algunos de los puntos que constituyen base y cimiento de esta elección de la que depende la felicidad o la desgracia de las jóvenes.

Salud: De una importancia principalísima. Condiciones de edad: Condición social, diferencia de esta condición y de educación que tanto pesa en la desgracia de los esposos.

Naturalmente si hay amor. Y de una gravedad inmensa la falta de fe, de religión en el que se elige para compañero de la vida.

No quiero alargarme más. El tema es oportuno, de actualidad, de interés. Se puede y se debe hacer labor honda en este sector. Será un principio sólido de recristianización de la familia, de que el hogar vuelva a ser lo que era antes y lo que anhelamos todos que sea siempre.

MARÍA DE ECHARRI

Toda la correspondencia al administrador de esta Revista diríjase a la calle Ambrosio de Morales, 6.

Viva España católica

—=—

Hemos atravesado días difíciles para la vida de la Patria.

Llamarse católico era delito para los que dirigían los negocios del Estado, gritar ¡viva España! era motivo de detención.

El ejército se ha levantado como un solo hombre para que viva España, para que España sea lo que fué siempre.

En los instantes en que cerramos el presente número España está en pié.

Confiamos de todo corazón en que la Santísima Virgen del Pilar, patrona de España, oirá a sus devotos y su poderoso patrocinio se dejará sentir.

Que por Ella tengamos pronto una España nueva que sea la vieja España de los héroes, de los católicos, la España de San Fernando y de Santa Teresa, la de San Ignacio de Loyola, la que fué siempre mariana y tuvo a gala que se dijese de ella que era la tierra de María Santísima.

Viva Cristo Rey!

Viva la Virgen del Pilar!

Viva España!

Viva el ejército!

El Congreso Internacional de Cristo Rey

—:—

Otra vez van a congregarse las naciones bajo el signo pacificador de la realeza de Jesucristo. Nunca fué tan grande como ahora el premio que excita y empuja a los espíritus hacia la unidad de amores y de esperanzas. En esta hora en que lo mismo los intereses que las ideas se resumen y agrupan en magnas y fuertes cohesiones, cuando el grito revolucionario de Marx logra resonancias de afecto hasta en el último rincón aldeano, cuando

la barbarie asiática se esfuerza en buscar puntos de contacto y coincidencia para dar en tierra con la civilización occidental cristiana, cuando una corriente internacionalista, en fin, saltando sobre los fracasados y viejos individualismos intenta ensanchar las rutas de la humana solidaridad, es de la mayor urgencia que ideales como el nuestro, de estirpe divina, milicias como la católica de Cristo Rey, que por el universalismo de su fé, trascienden límites y fronteras, fraternidades como la religiosa, que se derivan de una fraternidad común, la de Dios, se destacan importantes y dominadoras sobre todas las demás organizaciones, que siéndole subalternas por la inferioridad de sus fines se obstinan en disputarle por todos los medios la primacía.

¿Qué representa todo el brío apostólico del Santoral eclesiástico, toda la ciencia de los apologistas, el ayer y el hoy del Evangelio, que es decir la substancia de nuestra historia, sino la parenidad en el mismo propósito de establecer y consolidar sobre la tierra el reinado de Cristo?

Pues contra este saludable designio de pacificación espiritual, se revuelve más furioso y desatado que nunca el vendaval del neo paganismo. El filo de sus armas es más cortante, si bien no parezca menos sangriento, que en el tiempo de la Roma pagana. La falange de los «sin Dios» aumenta sin cesar en todos los países. El veneno comunista invade zonas que parecían hasta ahora inmunes al contagio. Es duelo de vida o muerte el que se riñe entre las dos clásicas ciudades, la de Cristo y la de Luzbel, la del bien y la del mal.

¿Qué hacemos los católicos en contra de esta formidable arremetida?, preguntan los celosos promotores de la gran cruzada del *Regnum Christi*. No se trata de un espectáculo al que podemos asistir por mera curiosidad.

Es un combate que busca el triunfo sobre nuestra casa, sobre nuestra alma, sobre lo mejor que como hombres poseemos. ¿Cuál podrá ser la negra desembocadura de esta riada de pasiones y de excepticismos, si la detiene un alto y poderoso muro?

S. S. Pío X en la Encíclica *Charitate Christi compulsi* encarecía una resistencia organizada, un frente defensivo, una unión compacta e íntima. A la unidad de fe, añadía el Pontífice, tiene que seguir la solidaridad de la acción. Esta es cabalmente la raíz de nuestra flaqueza; que profesando todos los católicos el mismo credo, nos separamos y dividimos cuando hace falta cerrar el paso a los asaltos del enemigo del nombre cristiano.

Para congregar y reunir las energías sultas y desparramadas en el eficazísimo aglutinante del mismo amor y de idéntica esperanza, ayudan con garantías de éxito ya experimentadas, esta clase de Congresos. Los Internacionales Eucarísticos han exaltado pública y solemnísimamente a la faz del mundo, el sacrificio y el sacramento, esencia y cimiento de la religión. Las Asambleas de Cristo Rey, contribuirán a extender y dilatar su amoroso imperio sobre individuos y sociedades, sobre jefes y vasallos.

Precisamente la prescindencia, cuando no la exclusión deliberada de esta autoridad en los códigos civiles y en las legislaciones sociales, ha sido causa de la desarticulación y ruptura entre los miembros y las clases que componen e integran los organismos vivos del capital y del trabajo, de la jerarquía política y de la disciplina ciudadana, de donde en buena lógica se infiere, que la vuelta al reconocimiento y sumisión a esta soberanía, la restauración completa de este poder, traerá consigo la reconstitución y sanidad del cuerpo civil, social y político. Hasta la fecha van celebradas, sin mal no recuerdo, cinco Asambleas

de carácter nacional y plurinacional en homenaje a Cristo Rey; las de Milán, Leutesdorf, Berlín, Maguncia, y Salisburgo. La que ahora se anuncia para fecha próxima, bajo el patrocinio de los Cardenales de Viena, de París y Polonia, ha establecido su Comité organizador al abrigo de una pequeña ciudad eslava, cuya situación geográfica le otorga con justicia este honor, si otros de más realce y mérito no tuviese. Lubiana representa el nudo de coordinación entre tres grandes grupos étnico de Europa, latinos, germánicos y eslavos y es el paso entre las dos civilizaciones, la de Oriente y Occidente.

De aquella ciudad ha venido ahora el llamamiento para constituir la Gran Internacional de Cristo Rey, vanguardia de los ejércitos de Dios, avanzadas de legionarios que en alto la bandera salga a dar el pecho a los ataques del frente enemigo. de aquí; de todas partes, deberán también salir un concurso resuelto y decidido para cooperar a este admirable intento.

Más que ninguno de los católicos del mundo entero estamos los españoles obligados a secundar, con generosidad y brio la realización de tan saludable pensamiento, ya que es nuestra patria al presente. una de las víctimas de la embestida laicizante y del asalto comunista. ¿Cuáles son los mayores y más poderosos adversarios de esta realeza de Cristo?, preguntaba el Cardenal Schuler en el discurso de apertura en el Congreso de Milán, hace seis u ocho años. Y respondía sin vacilar; lo que impide y retarda en nuestros tiempos la difusión del Reinado de Cristo es el laicismo en cuanto la palabra implica un sentido de oposición al espíritu eclesiástico, negando o cuando menos atenuando maliciosamente la trascendencia de su obra en la Iglesia Católica, cuya misión sobrenatural se quiere rebajar al

nivel de empresa humana. Y tras del laicismo, la oleada comunista que viene a ser corriente del mismo río.

EL DEAN DE TOLEDO

Fiesta de la Asunción de María

Con notoria razón y acierto divino llaman los Padres y Doctores de la Iglesia Católica a este privilegio de la Asunción de María el complemento de las grandezas de tan Augusta Señora. «Sublimada es la Santa Madre de Dios a las mansiones de la Gloria sobre todos los coros de los ángeles», exclama llena de alegría en el día de hoy toda la cristiandad. Si hermosa brilló María en su Concepción purísima, si admirable y humilde apareció en su Asunción gloriosa, si única e incomparable se mostró en los días de su existencia mortal sobre la tierra, mucho más grande, indeciblemente más gloriosa, se nos ostenta en este día feliz, en que Nuestro Señor glorifica a María su Madre con una santa *muerte*, una *resurrección*, gloriosa y una triunfante *asunción*, seguida de su entronizamiento en los cielos y de su *coronación* como Reina del cielo y de tierra.

Parecería cosa muy justa que la Santa Iglesia en este día nos invitase a llorar más bien que a regocijarnos, puesto que nuestra queridísima Madre, saliendo de este mundo, nos priva de su amorosa presencia. «Día de llanto más parece hoy, dice San Bernardo, que de francas alegrías». Pero no, la Iglesia, tanto en el oficio divino como en la Santa Misa, nos exhorta a regocijarnos! «Alegrémonos todos en el Señor, dice, al celebrar esta festividad en honor de la bienaventurada Virgen María. *¡Gaudemus omnes!* Hoy María vió su in-

maculada frente ceñida con triple corona: corona de triunfo sobre la muerte, que siembra la tristeza y desolación lo mismo en los palacios como en los míseros tugurios.

No convenía que un cuerpo tan puro pasara por la corrupción del sepulcro, castigo reservado a la carne de pecado. Por eso Jesucristo resucitó a su Madre a una gloria inmortal, cubriéndola con un brillo que el Espíritu Santo compara, ya con el sol, *electa ut sol* ya con el astro brillante de la noche, *pulchra ut luna*. Hoy María vió ceñida sus benditas sienes con la corona de victoria sobre los elementos todos que en su tránsito victorioso de la tierra al cielo la sirven de trono y de peana. Dios la resucitó gloriosamente y la elevó triunfante en las nubes. Todas las jerarquías angélicas se apresuraron a salir a su encuentro para felicitarla y cantar su gloria, exclamando: *¿Quién es ésta que sube del desierto?*

El mismo Jesucristo se presentó a recibirla, la tendió los brazos, la introdujo en el reino eterno y, mientras la Jerusalén celestial resonaba con las aclamaciones de los ángeles y bienaventurados, la hizo sentar a su derecha en un resplandeciente trono. Puso en fin sobre su frente la corona de Emperatriz y Reina de los cielos y la tierra y hasta del tenebroso abismo y, colocando en su mano un cetro, la hizo soberana de ángeles y de los hombres... Y la Iglesia Católica mirando entusiasmada el triunfo glorioso de la Madre de Dios y Madre nuestra, no se cansa de repetir: ¡Alegrémonos! *¡Gaudeamus omnes!*

Ya que España es la nación más devota de María, según expresión del inmortal Pontífice de la Inmaculada, Pío IX, como cristianos y como españoles, hagamos votos fervientes al cielo para que este misterio glorioso de la subida de la Santísima Virgen en cuerpo y alma a los cielos sea prontamente declarado dogma de fe.

Quiera Dios acelerar tan venturoso día y que al Pontífice de la definición dogmática del misterio de la Asunción de María le quepa la dicha de poder expresarse con frases tan laudatorias para nuestra Patria como al Pontífice de la Inmaculada.

Pidamos entre tanto a María continúe siendo nuestra Madre, nuestra Reina y nuestra Patrona, para que por sus maternales ruegos reinen en nuestra Nación querida el orden, la paz, la religión, el amor a Dios, al prójimo y a la Iglesia.—J. RODRIGUEZ, *Pbro.*

Escuela de vida

La gran Prensa de Francia ha silenciado casi totalmente la consigna dada por las organizaciones de la Juventud Obrera Católica en Francia durante las recientes huelgas generales. Y sin embargo creemos que pocas veces se habrá dado al público un ejemplo de civismo y de fortaleza cristiana semejante al que esos jóvenes cristianos están realizando, en medio del caos espantoso al que las Sociedades extremistas han llevado a Francia.

La J. O. C. se siente plenamente obrera, pero a la vez plenamente cristiana y en la concreción de las reivindicaciones tiene en cuenta el interés propio del obrero y las reglas más elementales de la moral cristiana. Así ha tenido ocasión de protestar de las incompatibles coacciones realizadas en las grandes factorías para atraer a los obreros a la C. G. T., la organización prepotente, que dirige el camino del Frente Popular francés.

El jocismo ha luchado bravamente y con éxito por la libertad de sindicación. Al mismo tiempo su conciencia cristiana ha proclamado la vigencia de los principios fundamentales de la moral en medio de las huelgas. En una de las reuniones del Comité federal

jocista se cita el caso de un bravo jefe que había podido de esta manera evitar una pérdida brutal de 150 a 200.000 francos en materias primas, que querían inutilizar por estúpido sabotaje.

Para nosotros la actitud de la J. O. C. en la huelga francesa es un verdadero símbolo. No queremos hacer cálculos sobre su número. Sabemos que en toda Francia llegarán a ser muy cerca de los 200.000 los afiliados a la J. O. C. No es desde luego el número patentísimo que señalan los índices de las Sociedades obreras extremistas. Pero se abre el pecho a la esperanza cuando se piensa que en ese número corto (relativamente) de jóvenes cristianos, existe una verdadera escuela de vida que rompe con los moldes tibios de nuestra época e invita a cada uno de sus afiliados a hacer heroica profesión de su fe.

Díganos el lector si se necesita temple heroico para comenzar en medio de la befa y de las burlas de sus compañeros de taller la tarea diaria, mediante una plegaria, que muchos de esos jóvenes obreros recitan de rodillas. Y terminar asimismo el trabajo con una oración semejante. Muchas veces antes de tomar su frugal comida se les obsequia con un canto a coro de «La Internacional», para no dejarles terminar en silencio su plegaria y su señal de la Cruz. Pero muchas otras también se ha llegado a imponer su bravo heroísmo, comenzando por buscar tras de ellos el verdadero espíritu, que dé sentido a su vida.

Un día en una de estas factorías yacía un joven obrero herido por un grave accidente de trabajo. Pensó él primeramente en la salud de su alma y suplicó a sus compañeros que trajesen de la próxima iglesia al sacerdote, que pudiera confesarlo y administrarle los Sacramentos.

Y aquellos obreros encallecidos en el trabajo, que tantas veces habían sido objeto de propagandas materialistas y habían renunciado a su Dios

y a su alma y a su religión, sintieron conmovérseles las entrañas y acompañaron al joven sacerdote que entraba en medio del pabellón fabril con su sencillo porte, llevando en sus manos la Hostia Sagrada.

Cuando no se han vivido las dificultades, parecen fáciles las soluciones. Ante la oleada imponente de paganismo que ha entronizado la concepción, materialista de la vida en nuestra sociedad, no creemos que pueda existir otro remedio que el preconizado por estos jóvenes: vivir integralmente su credo.

No supone esto cerrar los ojos a los defectos de nuestro orden social. El Cardenal Verdier, en su reciente «llamamiento a los católicos», les invitaba a «reconocer humildemente, golpeando sus pechos, las deficiencias de nuestro orden social» y a todos ante los desórdenes que se multiplican, recordaba el Cardenal la palabra de Cristo «quien está sin pecado que lance la primera piedra». Pero las deficiencias del orden social nunca pueden justificar la anarquía desatada, que solamente puede acumular ruinas.

Porque al fin y al cabo quienes van ganando terreno son los credos libertarios envueltos en el más hondo materialismo, y ante éstos ciertamente de poco servirá el orden ideal de la economía, si, a la vez, se deshacen los fundamentos más profundos del derecho social.

Por eso, en definitiva, exaltamos nosotros la escuela de vida que el jocismo ha implantado en el mundo. Tiende a transformar el ambiente obrero, a mejorar primero su mente y su corazón, consiguientemente su vida y su economía.

No queremos abrir el pecho a una esperanza desmedida. Pero no sería justo desconocer la fuerza indudable que radica en estos movimientos, y el fruto seguro que de ellos pueda repornuestra turbada vida social.



Perfecta elaboración de VELAS PARA EL CULTO

según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 4 diciembre 1904.

Fabricadas a base de ceras puras de abejas de Andalucía por la antigua y acreditada

Cerería Pontificia

Andújar (Jaén)

Fundada el año 1840

Marca «**CERA**». Para la Santa Misa y cirio Pascual.—Estas velas contienen un mínimun de 60 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**LITÚRGICA**». Para los demás actos litúrgicos.—Estas velas contienen un mínimun de 30 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**ECONÓMICA**». Para procesiones, funerales, etc., etc.—Estas velas no contienen nada de cera pero tampoco se doblan con el calor.

INCIENSOS LEGÍTIMOS DE ARABIA

A esta Casa, bendecida por la Santa Sede, le han sido concedidas la Cruz «pro Ecclesia et Pontifice» por S. S. León XIII (12 junio 1901) y el título de «Fornitore Pontificio» por los Sumos Pontífices Pío X (5 abril 1907), Benedicto XV (20 junio 1917) y Pío XI (16 mayo 1922).

Clases garantizadas

Envíos a todas partes

Obras del Padre Alberto Risco, S. J.

	Pesetas		Pesetas
Paso a Paso (novela)	2	La Escuadra del Almirante Cervera (historia amena)	4'50
Mariela (novela)	5	Amor de madre (poesías)	2
Emigración (novela)	2'50	P. Pascual Cervera y Topete (biografía)	18
Los que triunfan (novela)	5	P. Juan de la Cruz Granero (biografía)	4
Los Rebeldes (novela)	2	P. Francisco de P. Tarín (biografía)	6
Mil hombres (historia amena)	5'50	Historia de la Literatura (compendio)	3
Flores silvestres (novela)	5		
Tristes y alegres (cuentos)	2		
Los dos amores (cuento)	0'75		
Cinco visitas (cuento)	0'50		
Juan de la Tierra (historia amena)	4		

De venta, en la Redacción del periódico «Razón y Fe», Plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.

VELAS LITÚRGICAS

PARA EL CULTO — CALIDADES GARANTIZADAS
MARCAS REGISTRADAS

MAXIMA: Para las DOS VELAS de la Santa Misa y Cirio Pascual.
NOTABILI: Para las demás velas del altar.

Fabricadas según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 14 Diciembre 1914.

Economía increíble

usando mis velas especiales con el

«CAPITEL GAUNA» PATENTADO

El Capitel Gauna patentado evita el goteo de las velas, aun en las corrientes de aire más intensas.

Hagan un pequeño pedido de prueba al fabricante

Hijo de Quintín Ruiz de Gauna
VITORIA (ÁLAVA)

ENVIOS A ULTRAMAR

❖ FUNDICIÓN DE BRONCE ❖

y objetos de metal



Pedro Osuna Bergillos

C. Arévalo, 3.-Lucena (Córdoba)

ARTÍCULOS DE IGLESIA

Esmerada y artística construcción de todas clases